

se consiguen sacrificando la delicadeza y la buena reputación; pero es igualmente cierto que esa lucha nos da completa autoridad para señalar graves faltas de los demás y para decir la verdad sin vacilaciones.

El esfuerzo propio y la consagración entusiasta al trabajo, le permiten al individuo compadecer a las gentes disipadas e indolentes a quienes sorprenden la miseria y las decepciones por no haber sabido prepararse a afrontarlas en una lucha enérgica y digna, y le permiten también pasar con la frente muy alta por entre los escombros de la difamación y la mentira.

El paludismo y fiebres llaneras Según los indios

Viajando una ocasión por los montes que demoran antes de llegar a Villavicencio, montes de Buenavista, y habiendo tenido que llegar a una de esas cabañas que están situadas a largo trayecto del camino hallé en ella a un anciano cuyas facciones eran indicios de un largo padecer en espera de liberación y acercándome a él le interrogué el por qué de su vivir en la abstracción y lejos del consorcio con los que ya van marchando por los rieles del trabajo y de la civilización, pues, moraba en un mesquino bohío, escaso de víveres y de vestido; y después de un lar-

go intervalo me contestó:

«Yo soy descendiente de los que habitaron por muchos años estas comarcas, poblándolas y conservando su integridad.

Mi padre abuelo, Macahanemé, dominaba toda aquella vasta extensión que tus ojos alcanzan a columbrar—señaló a uno y otro lado de cuanto del Llano, desde Buenavista se divisa—y sus súbditos eran tan numerosos como los luceros—las estrellas—todos le eran fieles servidores como adoradores del sol que tan majestuoso se levanta después de haber dormido entre plumones negros—la noche.

Un día, el padre sol, sus divinos rayos débiles y su faz cubierta por un anillo color de púrpura, el que abarcaba la mitad del cielo, presagía a la nación que había de sucederle cruel suceso o exterminio. (1)

En efecto. No tardaron muchos días y un mensaje venido de los alcázares de Bacatá anuncia a mi padre que hombres de diferente raza se acercan; lo que así sucedió. Hombres superiores vinieron y llenos de ambición robaron las ricas pedrerías, adorno de su cabaña y usurparon por completo sus dominios y aniquilaron su raza.

Mi padre, lleno de furor con los que así le habían tratado, emigró luego hacia allá—Cumaral—donde hizo reunir a sus sabios, sacerdotes del sol, a sus edecanos y allí en concejo, puestos en dirección al sol—naciente, al borde de una laguna, hizo que sus ministros pronunciaran un conjuro contra los hijos y descendientes de los que habían hollado sus dominios y aniquilado su raza.

(1) Los aborígenes adoradores del sol y de la luna tenían en mal agüero los eclipses.

temente inclinada hacia el lado derecho y hacia abajo. Los párpados no le dejaban descubiertos los ojos sino lo muy preciso para que pudiera mirar al suelo con una modestia la más edificativa. Su voz era meliflua y jamás afirmaba nada rotundamente. A éste, como al más redomado, tocó la comisión de averiguar, a la disimulada, por medio de los criados y peones de Hatónuevo, qué ocasión sería la más propicia para pillar a D. Cesáreo solo, indefenso y desapercibido; y la desempeñó satisfactoriamente. La sentencia había sido dictada un lunes, y el miércoles siguiente, por la tarde, debía D. Cesáreo ir a la hacienda de cierto amigo cuya casa distaba una legua de Hatónuevo. El camino que había de llevar no era público: era una vereda que atravesaba potreros desiertos, y varios sembrados y matorrales. Mi señor montaría en esa ocasión una yegua de paso de dos y dos que to-

El conjuro se hizo arrojando a la laguna un asta hecha de macano de la cual debía salir el germen del paludismo; un cuervo muerto que con su descomposición infectara las aguas para que con los vapores contaminaran el Llano con los gérmenes de las fiebres, e imploraron luego de su padre el sol, extendiera por todas partes los efectos de aquel conjuro a fin de que si no habían podido detener a sus enemigos con sus flechas sucumbieran al invadir al Llano por medio de esas dos enfermedades.

Después hizo construir, a las orillas del río Upiá, una gran bóveda subterránea donde depositó gran cantidad de oro y piedras preciosas que aún tenía y en sacrificio al sol, el que se hundía tras un luctuoso cortinaje, el monarca de sus adoradores, se sepultó allí junto con sus caudales y ministros.

Yo, el último de sus descendientes, quiero morir en la observancia fiel de las tradiciones de mis mayores, tres generaciones centenarias desde entonces, de no aceptar el yugo de los blancos.

A. R. V.

Lecturas agrícolas

El establo y sus condiciones

La limpieza y cuidado en las condiciones higiénicas de los establos está en razón directa con la salubridad de los animales y aun de los habitantes de una finca rural encargados del manejo de las dehesas. Un cobertizo amplio, libre de encharcamientos y de depósitos de materias fecaloideas, con aire y luz suficiente, tiene más valor preventivo que muchas vacunas y específicos. Plenamente comprobada la acción perniciosa de las moscas en general

do el mundo conocía perfectamente. Con estos datos, se decidió que el golpe se daría (o, por mejor decir, que se darían los golpes) cuando D. Cesáreo regresara a su casa, lo cual no podía dejar de suceder a hora muy favorable para la empresa.

Llegó la tarde del miércoles. Un espía dió aviso de que D. Cesáreo había emprendido su proyectada excursión, y entonces los que habían de ejecutar la sentencia se emboscaron en una espesura inmediata a cierto sitio en que la senda se ensanchaba considerablemente.

Ya el sol había declinado mucho cuando empezó una lluvia deshecha que los emboscados reputaron muy oportuna, pues acrecentaba las probabilidades de que no se presentara ningún importuno testigo.

Quiebra la sogá por lo más delgado. Se iba haciendo demasiado tarde; ya comenzaban a impacientarse, y ya repetidas veces había alguno sa-

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 32

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPÍTULO IX

Juicio, sumario y sentencia

Esto dió lugar a que Garmendía convocase a los de su cuadrilla a una sesión extraordinaria, en la que, por unanimidad de votos, se condenó a D. Cesáreo a recibir una paliza. Para que la sentencia pudiera ejecutarse a mansalva, se necesitaba determinar día, hora y sitio convenientes.

Entre los de la gavilla había un tal Cupertino, que era el de más edad entre todos y que entre todos se distinguía por sus prendas físicas y morales. Llevaba siempre afeitada toda la barba, y la cabeza constan-